

SABIDURÍA PARA LA VIDA Y LA MUERTE

APURABA LA VIDA

Sufría de una enfermedad congénita que padece una de cada diez mil personas, pero que sólo desarrolla una en un millón. En su detección tardía ya le diagnosticaron corta vida. Los especialistas afirmaban que viviría de dos a cinco años, y los últimos con muchas limitaciones. Con tesón llegó a vivir diez. Al final, era evidente su declive físico, pero con fe cotidiana y agradecida apuraba la vida con paz y con plena dedicación y entusiasmo.

Su existencia, como la mía, había cambiado radicalmente, tras un encuentro personalizado con el Señor. Una auténtica experiencia de conversión. Hasta este momento, nuestra vida de fe no era ni de suela, ni de tacón. ¿De qué se sirvió el Señor para meter leña en la brasa de nuestra fe?: de una quiebra económica. Mi esposo perdió su puesto laboral y se dedicó a invertir los ahorros en el campo. Pasamos tal apuro que yo me puse a trabajar de taxista para conseguir la platita al menos para la comida de cada día. Los dos hijos eran muy pequeños y los cuidaba la abuela. Y de la adversidad vino la gracia.

Un día en el taxi, un pasajero comenzó a contarme lo que el Señor había hecho en su vida que, según él, era un tizón del infierno. Llegando al final del trayecto, aquel hombre seguía con su mensaje y hasta rezó por mí y por toda mi familia. No se bajó del vehículo sin antes invitarme a ir al templo donde se reunía con su gente. Pertenecía a la renovación carismática. Al quedarme en silencio experimenté una extraña sensación. En el fondo me dio envidia y comparé su fe con la mía, con la nuestra, tan enclenque.

Pasada una semana, decidí ir a aquel templo. Mi esposo se ofreció a acompañarme para que no fuera sola. Para mi asombro, el local de oración estaba lleno de gente, de mucha juventud. Quedé más sorprendida cuando vi la soltura con que oraban, cómo alababan al Señor, con qué entusiasmo y convicción celebraban la Eucaristía, hasta con movimiento corporal y aplausos. Se notaba allí una fe viva. Con aquel panorama yo no quería mirar a mi esposo, en el fondo un hombre tan formal. Para mi sorpresa, me comunicó que me acompañaría las veces que quisiera ir. No lo podía creer.

Lo que llegó a continuación fue maravilloso. Comenzamos a participar de un grupo semanal de oración y el domingo toda la familia iba a Misa. El encuentro personal con Cristo nos cambió la vida. Ya la fe tomó otro color. La Iglesia era nuestra madre, maestra y hogar. La Palabra de Dios hacía su obra. Se acabarían las frivolidades, se oraba en casa, se bendecía la mesa. Los niños empezaron a ver un auténtico testimonio cristiano. Y así nos llegó el ancla para soportar el temporal que despuntaba en nuestro horizonte.

Mi esposo era un ferviente devoto de la Santísima Virgen María. En terapia intensiva, mientras agonizaba, la familia estaba alrededor de él. Cuando rezábamos un Ave María, al pronunciar «ruega por nosotros, pecadores, ahora y en la hora de nuestra muerte», en ese preciso instante cesaron todos sus signos vitales. Nosotros concluimos con el “amén”.

DULCES LAZOS DE AMOR

Nuestros dos hijos eran todavía adolescentes. Estaban al tanto de la gravedad de la patología de su padre. Era duro para ellos, pero con el correr de los años lo fueron aceptando, aunque nunca imaginaron verlo morir tan pronto. Cuando se es joven,

¿quién está preparado para la muerte de sus seres queridos? El mayor tenía dieciséis años. Oraba para que su papá pudiera verlo desfilar en la premilitar y acompañarlo a recibir su título de bachiller. «Sólo le pido a Dios seis meses más de vida para mi papi», me solía comentar.

Los chicos rogaban por un milagro de sanación total. No sucedió como ellos esperaban y por un tiempo se volvieron un tanto rebeldes. «Mamá, no me hables de Dios, ni de su misericordia», me confrontaba el mayor. Mi suegra vivía con nosotros y le pedía a Dios de continuo: «Llévame a mí antes que a él». Su hijo murió el día que se celebra a la madre. Lo asumió con fe y serenidad. Llegó a vivir noventa y nueve años y medio.

Creo que antes de la muerte de mi marido yo ya había hecho parte de lo que se llama duelo anticipado. Por su estado, me daba perfecta cuenta de que cada día estaba más delicado, sobre todo el último año. Varias veces estuvo a punto de morir. Los médicos lo dieron por hecho en varias ocasiones. «De ésta no sale», me anunciaban con confianza. Personalmente, reconozco que tuve hasta una premonición o revelación de la fecha de su muerte. Nada de todo esto quita vigor al inconsuelo que se llega a sentir.

Mi nombre es Sandra, estudié secretaría. Nunca había pasado por la muerte de un familiar cercano, ni tenido que elaborar un duelo. Ahora, era viuda con cuarenta y tres años. Bajo mi responsabilidad quedaban dos hijos y mi suegra. Empezaba una nueva etapa de mi vida, tal vez igual de larga que la vivida. ¿Cómo iba a procesar el duelo por quien era aliento de mi aliento y por cuyos ojos veía todo? El día que murió, seguía tan enamorada como en el primer momento. La muerte hirió, pero no llegó a cortar los dulces lazos de nuestro amor eterno.

ACOSO EN MI MENTE Y CORAZÓN

Pasadas las exequias, su ausencia se hizo más notoria, y la realidad tomaba cuerpo en cada uno de nosotros. Nuestros hijos apenas habían vivido unos años disfrutando a su padre. Tenían toda una vida por delante. Mi suegra lloraba una parte de sus entrañas que había muerto en ella. También estaba abatida, es cierto, por sus nietos huérfanos y por mí. Recuerdo la realidad de la cama vacía y tener que afrontar aquella primera noche. El dormir sola en el lecho conyugal, ¡muy duro, por cierto! Las lágrimas me salían a raudales, corriendo sin control.

Nuestra relación fue maravillosa, a pesar de las dificultades. ¿Cuándo no las hay? Desde el primer momento se lo entregué al Señor, pero el recuerdo de un grato matrimonio vivido juntos me era omnipresente. Todo me evocaba a él. Lo sentía, lo extrañaba en todo momento y en todo lugar. Tal fue así que, con un puntillazo en el alma, intentaba dejar de pensarla, pues aquello era un acoso para mí. La fe te orienta, la mente intenta comprender, el cuerpo se queja y el corazón se muestra reacio. Tal vez sea él el que necesite más tiempo para elaborar el duelo por un gran amor. Este corazón herido, ¡quién lo entenderá!

Opté por guardar todas las fotografías donde aparecía él. Tenía que aceptar que había muerto y que no iba a volver. Cada día seguía saliendo el sol. Regalé al cabo de un tiempo todas sus pertenencias, como ropa y zapatos. En la actualidad tengo su retrato frente a mí en mi habitación, pero ya no me causa sollozos, sino gratos recuerdos. El anillo de matrimonio permaneció en mi dedo.

Entre otras dificultades que cuestan enfrentar, está el sentir el desamparo del hombre que te protege, da seguridad y genera respeto en tu entorno. Además, tenía que enfrentar sola



la crianza de dos adolescentes varones y consolar a una suegra que compartía nuestro techo y que también tenía el corazón partido por su hijo. Sin embargo, antes estas circunstancias saqué fuerzas de flaqueza y pude ser apoyo y consuelo para mi entorno.

Tuve que hacerme cargo de las deudas que recibí como herencia, pues mi esposo había invertido mucho en el campo, su monto era muy considerable. En esto también vi la mano prodigiosa de Dios, que nunca desampara a las viudas y huérfanos. Testigos de esto fueron mis hijos. Hasta el día de hoy con mucha confianza siguen dando su diezmo a la Iglesia, para obras de caridad y apostolado, testimoniando que poderoso es Dios para multiplicarlo.

PREDADORES DE VIUDAS

A lo largo de toda la historia de la humanidad, tras la muerte del esposo y padre, la viuda y el huérfano han sido el prototipo de pobreza e indefensión, dadas las circunstancias culturales y las condiciones socioeconómicas, en una sociedad violenta, de subsistencia y donde la mujer limitaba sus roles al hogar y a la maternidad, muy dependiente del hombre, con muy poca autonomía de acción y de intervención social.

Una vez leí que el vocablo viudez es de por sí muy significativo. Su origen etimológico, al parecer, se remonta a la raíz indoeuropea “weidh”, que denota la idea de “separar”, “dejar vacío”, quedar “solitario”. En nuestra lengua dio origen también a “di-vidir”. Ciertamente que es así. Entrar en la viudez es iniciar un duelo con presencia de soledad, de vacío interior, de carencias, de temor a un futuro sin la seguridad de antes y de muchas acechanzas y obstáculos externos. Lo viví en carne propia.

la crianza de dos adolescentes varones y consolar a una suegra que compartía nuestro techo y que también tenía el corazón partido por su hijo. Sin embargo, antes estas circunstancias saqué fuerzas de flaqueza y pude ser apoyo y consuelo para mi entorno.

Tuve que hacerme cargo de las deudas que recibí como herencia, pues mi esposo había invertido mucho en el campo, su monto era muy considerable. En esto también vi la mano prodigiosa de Dios, que nunca desampara a las viudas y huérfanos. Testigos de esto fueron mis hijos. Hasta el día de hoy con mucha confianza siguen dando su diezmo a la Iglesia, para obras de caridad y apostolado, testimoniando que poderoso es Dios para multiplicarlo.

PREDADORES DE VIUDAS

A lo largo de toda la historia de la humanidad, tras la muerte del esposo y padre, la viuda y el huérfano han sido el prototipo de pobreza e indefensión, dadas las circunstancias culturales y las condiciones socioeconómicas, en una sociedad violenta, de subsistencia y donde la mujer limitaba sus roles al hogar y a la maternidad, muy dependiente del hombre, con muy poca autonomía de acción y de intervención social.

Una vez leí que el vocablo viudez es de por sí muy significativo. Su origen etimológico, al parecer, se remonta a la raíz indoeuropea “weidh”, que denota la idea de “separar”, “dejar vacío”, quedar “solitario”. En nuestra lengua dio origen también a “di-vidir”. Ciertamente que es así. Entrar en la viudez es iniciar un duelo con presencia de soledad, de vacío interior, de carencias, de temor a un futuro sin la seguridad de antes y de muchas acechanzas y obstáculos externos. Lo viví en carne propia.

Creo que esto que voy a comentar no sólo me ha sucedido a mí. Otra dificultad que debe enfrentar en su duelo una viuda joven es el acoso del entorno masculino, que cree que la viuda necesita otro hombre que la apoye y la consuele. Muchas veces ella también lo cree, sobre todo, si no conoce a Dios. A esta desagradable etapa también tuve que hacerle frente con verdadera dignidad. Poner límites es autoestima, libertad y seguridad.

En una ocasión, un desorientado y aprovechador deudor de mi esposo me hizo propuestas indecentes de "ampararme", siendo un hombre casado. Obviamente, rechacé sus devaneos, lo que provocó su ira y la negativa de honrar su deuda, para lo cual con firmeza demostré que, con la ayuda de Dios, podía defenderme y exigir lo adeudado sin caer en sus insinuaciones que se volvieron condiciones para el pago.

Muchas veces las viudas estaremos acosadas por predadores oportunistas que sólo querrán aprovecharse de lo poco o mucho que hayamos heredado y se mostrarán como apoyos incondicionales y solidarios para despojarnos. Hay que huir de inmediato de los hombres casados del propio entorno, cuando se evidencia que su consuelo es interesado y peligroso. Por otro lado, el viudo o viuda no ha de correr el riesgo de confundir la buena voluntad con otro tipo de sentimientos, terminando así con viejas amistades que suelen ser un bálsamo para el alma y una compañía necesaria en la soledad.

MUJER DE UN SOLO HOMBRE

Desde jovencita, yo sabía que aquel hombre iba a ser mi esposo. Mi gran ilusión: toda mi vida junto a él. Desde que me enamoré, hice un voto privado, un deseo íntimo de corazón: sería mujer de un solo hombre, esposa de un solo marido, en su



vida y en su muerte. Lo había decidido: si me quedaba viuda, no contraería segundas nupcias, sabiendo que son legítimas. Claro que no pensaba ser viuda tan joven.

Tras haber conocido al Señor, mi esposo y yo le entregamos nuestro corazón de par en par. Después de su muerte, con reflexiva decisión, cumplí la promesa de mi voto. Además, realicé de forma privada una consagración laical al Señor como viuda, desde mi hogar, desde la atención a mis hijos, desde mis ocupaciones cotidianas, desde mi apostolado eclesial.

Sin embargo, era una viuda joven. Mi carácter es fogoso, alegre y extrovertido. No todo sería de color de rosa. En mi trabajo de duelo, tuve que aprender a dominar mis pasiones, sobre todo las sensuales. A través de la oración y de la vida espiritual, de sanas lecturas de pureza y castidad, y de la práctica de la transmutación del pensamiento aprendí a cernir los estímulos externos e internos, que son los recuerdos que están grabados en nuestra mente. Certo santo afirmaba que no podía impedir que los buitres volasen sobre su cabeza, pero sí que hicieran nido en ella.

Los pensamientos deben ser reconducidos con responsabilidad para nuestro bienestar integral y para nuestra santidad, pues éstos, cuando son sensuales, pueden provocarnos sensaciones de excitación en el cuerpo, dando cabida a los recuerdos de una intimidad compartida que ya no podrá repetirse nunca más con nuestro cónyuge. Conviene, por tanto, aferrarse a la gracia, controlar la mente, huir de las tentaciones y vivir una afectividad ordenada y generosa. Para mí la castidad en mi viudez es una gracia que me abre las puertas para todo bien.

MIRAR MÁS HONDO, MÁS ALTO

Puede que alguien padezca en soledad, pero nunca se apena solo. El sufrimiento, como el ocuparse de él a través de un buen trabajo de duelo, es muy comunitario. Me ayudó mucho el consuelo de mis hijos, fruto de un amor apasionado, y el apoyo solícito de mi familia, que aprendió a querer a mi esposo como a uno más de sus miembros, a lo que se sumó la solidaridad de nuestro Grupo de Oración, al que juntos asistimos durante quince años. Realmente, nunca estuve sola.

Donde encontré más sostén fue en las promesas de Dios en las Sagradas Escrituras, que tomé de forma personal en mi vida, específicamente Isaías 54,5: «Pues tu creador va a ser tu esposo. Yahvéh de los Ejércitos es su nombre. Te librará el Santo de Israel, quien se llama Dios de toda la tierra»; y el versículo 13: «Todos tus hijos serán instruidos por Yahvéh, y grande será la felicidad de tus hijos». Además, todo el capítulo 54 que, hasta hoy se cumplió a cabalidad, pues nunca nos ha faltado lo necesario para la vida. El Señor ha sido nuestro amparo y refugio.

El continuar el camino de la vida sin el cónyuge hace replantear la relación con los hijos, sobre todo, si éstos están en edad temprana, para lo cual es necesario hacerles saber que se acepta la nueva situación de viudez con paz espiritual, de este modo ellos se pacifican, pues es duro para los hijos ver sufrir a su madre sin sosiego, evitando así dar pie en su propio dolor a que estén inquietos, reclamen de continuo, elijan caminos equivocados o protesten contra Dios por la muerte de su padre.

Los hijos tienen que ser educados con valores. La templanza, sabiduría y humildad son necesarias para que tomen conciencia que la vida humana es finita, porque desde

que existimos convivimos con la muerte al lado. Así es nuestra condición de criaturas y debemos asumir siempre este tipo de sinsabores con fortaleza y larguezza de ánimo, sin perder nunca el rumbo de la paciencia y la paz, tomados de la mano de Dios y con la esperanza del reencuentro prometido por Él. Para todo esto, el camino más corto y seguro es el ejemplo de los padres, y era también una misión mía como madre viuda.

«¿Por qué Dios no le concedió a papá al menos seis meses más de vida?», así se quejaba mi hijo mayor. La respuesta vino del lugar menos pensado. Cuando fuimos a hacer las diligencias de la viudedad, nos dijeron que nos correspondería el equivalente a trescientos cincuenta dólares, pero que el difunto tenía afortunadamente un seguro. «Señora, si su esposo hubiese muerto un solo día después, le habría quedado una pensión mínima. De este modo le corresponde de por vida una muy considerable». ¡Increíble, pero cierto! La sabiduría siempre está en mirar más largo, más hondo y más alto.

La pensión vitalicia de jubilación era más que suficiente para cubrir con creces las necesidades de toda la familia y me alcanzaba para hacer obras de bien periódicamente. Invitada por una amiga muy querida, empresaria generosa, madre de familia numerosa, recientemente viuda, empecé a colaborar en un trabajo de construcción de casas para gente en estado de precariedad, de enfermedad o discapacidad, además de templos, centros comunitarios y otras obras de caridad para la comunidad. Ocupo también mi tiempo en consejería matrimonial, catequesis parroquial y en funciones laicales de servicio a la Iglesia. Este servicio es un don inmerecido, me ha enriquecido enormemente y es un pálido reflejo de la generosidad del Señor con mi familia.

NO SE APAGUE NUESTRA ESTRELLA

Apreciados lectores, seguramente, coincidirán conmigo en que hay tantas viudeces como viudas y viudos. No podía ser de otra manera, ya que el duelo se canaliza según el propio ser, con sus valores y recursos internos, las actitudes asumidas y la voluntad para nuevas acciones, proyectos y miras de futuro. También, según las coyunturas y circunstancias de cada cual, y por la afectividad madura y ordenada. Y, cómo no, y esto lo digo por mí misma: por la propia visión espiritual del amor, de la vida y de la muerte. Yo me aferré al Señor y Él no me soltará, a pesar de mis debilidades.

Ahora, con la serenidad y claridad que se consigue al cabo de un tiempo, reconozco que, al principio y por un buen tiempo, aflicción y tristeza son hasta naturales y provechos para no ignorar que hay que apechugar con coraje en un realista y doliente proceso de duelo. Es una tarea muy exigente, porque, mientras se padece lo indecible, hay que ir dando pasos decididos y certeros de sanación para que la refriega de la propia pena no engulla lo mejor de nosotros y deje sus secuelas.

Considero que la viudez no es un estado de paso, como tampoco lo es la vejez, ni un mero reservorio de recuerdos del pasado, ni una “vida deshecha” que hay que rehacer. La persona viuda no es un “superviviente” del cónyuge muerto que haya amortajado su proyecto de vida. Que, como viudos, no se apague nuestra estrella.

Permítanme que les confiese algo que me agrada recomendar a cónyuges viudos que amaron verdaderamente: «Es preferible que yo pase por la pena de su muerte a que él hubiese sufrido por la mía. Mi esposo llegó primero a la meta,



Dios lo halló digno de Él. Esto no es apego a la vida, es grandeza de amor».

Estimada gente que lee este relato, me voy despidiendo con afecto y agradecimiento por saber que he sido un instrumento de servicio que ha llegado a su vida a través de estas modestas líneas sobre el duelo de mi viudez, escritas con sencillez, franqueza y mucho realismo. Espero haber sido de utilidad para ustedes. No me quedo con las manos vacías, porque el amor nunca busca recompensa, pero nunca se queda sin recompensa. Un gran abrazo. A vuestro servicio.

